

Percusión

Todo el mundo cantaba
la misma canción,
bajo el mismo ritmo
movían la puntera de sus zapatos
cuando una trompeta lloraba.
La guitarra, harta de despeinarse
acongojaba el aire,
mientras el temblor de un violoncelo
ponía la nota perdida.
...¡Percusión! ...¡Percusión!
Los zapatos, con su ruido constante
daban el tono contagioso
a la extraña alegría.
Un tambor,
haciendo alardes de su poder
manoseaba los ruidos.
Esta noche hay que usar las manos
haciéndolas crear
el ruido absurdo
de las palmas.

Elvira R. HOLGUIN

LAS GRANDES TRAVESURAS DEL TOPO MALANDRIN

(CUENTO)

por Celestino FERNANDEZ DIAZ

Esto que voy a contarte, pequeño, no es un estudio de Pedagogía. Es simplemente eso, un cuento.

Verdad niño que tú sabes muy bien lo que es un *topo*; claro que sí porque los niños de hoy, sabéis mucho de todos los animalitos. Por esto mismo digo yo al principio, que esto no es un estudio, sino un cuento. Sí, un cuento sacado de mi experiencia personal, cuando era yo como tú eres ahora; un niño.

Como tantos niños, yo fui uno más de los que tuve la suerte de ambular por los campos entre olivos, cerezos, castaños y robles. ¿Verdad que esto es fantástico? Gatear por las ramas de los árboles como los pájaros, pero, silencioso como una culebra, resbalándote despacito hasta llegar al nido de mirlos o de tórtolas escondido

entre las hojas, para con el máximo cuidado intentar coger a los pequeños polluelos, que a su vez se nos escapan en un vuelo corto y agitado buscando la libertad. Sí, la Naturaleza es grandiosa y extraordinaria. Debíamos hacer verdaderos esfuerzos de titanes, para disfrutar de tanta maravilla obsequiada por la *gracia del Creador*.

Fue en una de estas correrías de mi niñez en el campo, alegre y juguetón, cuando empecé a descubrir lo que voy a contarte, mi pequeño. ¿Verdad que tú también te hubieras casi, casi, asustado... si delante de tus pies, ves levantarse la tierra como si algún ingeniero oculto, estuviera haciendo un túnel de esos que habrás pasado alguna vez, yendo de viaje con tus papás? He aquí lo que es el *topo*; un pequeño ingeniero sin libros,

que barrena, barrena la tierra, haciendo túneles que le sirven para desplazarse de unas o otras partes sin que nadie pueda verle. Ya sé que ahora mismo tú estás pensando lo que hice yo en aquel momento y claro está que no te equivocas. Me quedé quieto, eso sí siguiendo con los ojos bien abiertos, aquella montaña que a su paso iba formando un algo, que la verdad yo no sabía lo que era en aquel momento. Luego al impulso de la curiosidad ambiciosa que todos los niños sentimos, avancé hasta situarme delante para cortarle el paso. ¡Tonto de mí! El topo se volvió por su túnel perforado hasta su topera, y yo me quedé con dos palmos de narices, como se suele decir. Pero claro que tú sabes lo insistentes que somos los niños, yo no podía darme por vencido dejando ahogada en mí aquella curiosidad, que hubiera sido como una barrera de arena presionando en mi garganta. Por eso intenté averiguar algo más de aquel bichito y claro que lo conseguí...

Yo, tenía una cita a partir de aquel día; igual que tantas veces acudimos al encuentro de nuestros amiguitos, así acudía yo todas las mañanas para observar como un agente de espionaje, aquel trozo de tierra labrada que alguien había elegido para hacer pasos subterráneos y... efectivamente: Imaginando, imaginando, imaginando... descubrí *las grandes travesuras del topo Malandrín*.

Si, allá en un rinconcito bajo

tierra, había una casita pequeña, pero bien acondicionada, donde vivía un joven matrimonio *topuno*, la mar de contento y orgulloso, con aquel pequeñuelo que no hacía muchos días había venido al mundo, como un retoño más de la *rama del Creador*. A su forma, le habían preparado una cuna terráquea al lado de la cama de sus padres donde velaban por su salud y bienestar. No era llorón ni guerrero en sus primeros días, y esto les tenía enloquecidos de alegría, y el amor rebosaba por toda la casa como un mar de espuma lactescente. Pero he aquí que todo su límite y al paso de ir creciendo el rey de la casa (como dicen todas las madres jóvenes), el pequeño topezuelo, se hacía inquieto y travieso, hasta llegar a desobedecer a sus progenitores. Es natural, y tú niño, lo entiendes bien, que al no tener libros donde estudiar, los topos aprendan de sus padres muchas cosas, como tú mismo las aprendes de los tuyos y para ello igual que se te ponen a tí en la pizarra esos nombres de papá y mamá, ellos también tengan sus métodos de enseñanza, donde aprendan sus pequeños rapazuelos. Su mayor atención debe estar centrada en los túneles, es decir, en la perforación del suelo. Pero, eso no quiere decir que se desajenen de otros muchos estudios como pueden ser: la orientación, los análisis del mundo terráqueo, el calor y la humedad y otras muchas cosas... En

fin, como ves no es para dormirse en el jergón de la ignorancia. Ahora bien, donde mayor atención han de poner diría yo, es sin duda en eso de la orientación y perforación del terreno. Para esto han de tener un pequeño mapa de la *zona de residencia* como diríamos ahora. Y efectivamente, aquí es donde se dan las primeras lecciones a la familia *topuna*. Esta dirección es viable; ésta, perforable con fácil acceso, ésta perforable con algunas precauciones y ésta señalada con lápiz rojo *¡zona prohibida!* Precisamente esta última por los peligros que encerraba, se la hacían repetir muchas veces al día, para que así le quedara grabada en la memoria, igual que te hacen a tí los profesores en el Cole, cuando cometes alguna falta de ortografía. Pero ya hemos dicho lo testarudo que era Malandrín y estas advertencias tantas veces repetidas por sus padres, le tenían inquieto y preocupado hasta el punto de llegar a creer que guardaban alguna golosina.

Un día fue un poco mayor y aprovechando la ausencia de estos, decidió romper aquel muro de conciencia que le había sujetado tantas veces y barrenando, barrenando... con su flamante hociquito, avanzó cada vez más por la *zona peligrosa*, hasta que por fin, caliente, caliente, caliente... llegó no a quemarse, pero sí a ser arrastrado por un torrente de agua que penetraba con gran presión por la ventana abierta ¿Qué hubiera sido de

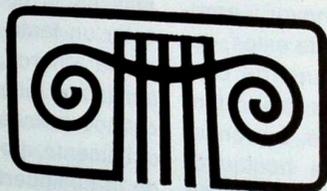
nuestro pequeño Malandrín, a no ser por aquella hoja de castaño que vino hacer de compuerta en el boquete? Mal las hubiera pasado por inquieto y desobediente. No es que le tengan miedo los topos al agua, eso, no. Pero ¡Era tan pequeño y débil nuestro Malandrín! Tampoco tú cuando vas con tus papás a la piscina o a la playa le tienes miedo ¿verdad? Pero en cambio si quisieran meterte en la cama con las sábanas mojadas, tú no querrías. Exactamente esto es lo que no querían los padres de Malandrín.— El agua había corrido por el canal del túnel y poco faltó para inundarse toda la casa. Malandrín, prometió a sus padres como todos los niños buenos, que no volvería hacer diabluras de ninguna clase. Que obedecería firmemente sus buenos consejos y sobre todo llorando a su manera *topuna*, les pidió perdón muchas veces.

Esta travesura de Malandrín, les costó a sus padres un cambio de residencia, buscaron otra *zona* más hacia el Este, con el fin de estar un tanto alejados del peligro de la charca, porque muy bien pensaban ellos, que una noche cuando estuvieran durmiendo tranquilamente, podría saltar el tapón de la compuerta y avanzar el alud de agua y barro por el canal, quedando atrapados en su mismo lecho.

Ya tenía casa nueva Malandrín, sus padres habían señalado igual que lo hicieran en la casa an-

terior, las zonas de mayor o menor peligrosidad; y también aquellas partes por donde él podría andar libremente, ya que alejados como estaban de la charca, les parecía que habían desaparecido los peligros inmediatos, y la verdad se habían descuidado un tanto en la vigilancia del pequeño. Malandrín pudiéramos decir que andaba a sus anchas, unas veces perforando sus túneles y otras incluso, se atrevía a salir a la luz del sol buscando algún que otro insecto para comer. Pero la verdad es que aunque había tenido muchas tentaciones de curiosear la zona que habían señalado sus padres como peligrosa; se había resignado y hasta entonces, siempre pudo más la firmeza de su obediencia, que la fuerza empujona de su curiosidad. Malandrín empezó a soñar y so-

ñar... cuántas y cuán grandes y maravillosas eran las cosas que veía por aquellos anchos y espaciosos corredores donde se encontraba. Le parecía todo aquello, los tesoros de la cueva de *Ali-Babá*. Cuando despertó a la mañana siguiente, le pesaba la cabeza como si fuera de plomo. Hasta allí había podido soportar aquella carga de curiosidad sin dejarse llevar del ímpetu travieso que empujaba una y otra vez a romper la promesa que había hecho a sus padres. Pero ahora después de este sueño maravilloso que tantas cosas le había puesto al descubierto en aquella zona prohibida, ya no le sería fácil seguir contemplando la barrera, sin abrir una brecha y pasar al otro lado. Así, con mucho cuidado empieza a planear su segunda travesura el *topo Malandrín*.



GAVILLA LITERARIA

MARIA Rosa Vicente Olivas, aquella niña prodigio de Don Benito, ha logrado un accésit en el "Adonais".

Nos congratula porque en esta casa siempre se creyó en su futuro, contra el plañir peyorativo de algunos agoreros. Suponemos que el contenido del libro premiado será mejor que algunos poemas suyos recientemente leídos y en los que se deja llevar por la espesa corriente del feísmo. Hemos leído unas recientes declaraciones tuyas muy discretas y esperamos que esta poetisa (que así se dice en castellano aunque a ella no le guste. Llamar *poeta* a una mujer es lo mismo que nombrar *Duque* a Cayetana de Alba o *fraile* a Santa Teresa) siga en la línea del buen decir extremeño y nos haga olvidar a Carolina Coronado.

—o—

En *La Estafeta Literaria* de hace días viene el resultado de unas cu-

rias elecciones al Senado olímpico de la poesía española, que se verificaron en 1951 para confeccionar y publicar una Antología de los "Diez Grandes" de nuestra lira. Interesante es reseguir los nombres de los poetas elegidos libre y democráticamente por un electorado tan selecto como para contener las firmas de Aleixandre, Dámaso Alonso, Bousoño, Pedro Caba, Gabriel Celaya, nuestra flamante académica Carmen Conde y otras figuras señeras que además de electoras eran elegibles. Y curioso también comparar la lista de los entonces inmortalizados con una hipotética que saliese ahora.

Ello es lo que los comicios arrojaron según cuenta un testigo de excepción, Jacinto López Gorgé —una lista encabezada por José Hierro, seguido de Blas Otero, José María Valverde, Bousoño y hasta cuarenta más. Rebuscando algún nombre extremeño hallamos en treinta y tresavo lugar a Jesús Delgado Valhondo. Tratándose de una encuesta a nivel nacio-